

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 26 de ocho entregas

MADRID

JOSE ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47
2242

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS—MADRID

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

EN UNO DE LOS ESCRITOS

ILUSTRADA CON DIBUJOS DE LA MANO DEL AUTOR Y DEDICADA

A D. ENRIQUE PONS

Quinto de los Reyes

MADRID

JOSE ANTONIO Y COMPAÑÍA EDITORES

Calle de la Princesa, número 11

1873

que indudablemente hubiera sublevado tu ánimo y turbado la paz de tu espíritu, te hubiera causado grandes y lamentables perjuicios.

Daniel hizo un brusco movimiento.

—No te impacientes, y escucha con calma, pues tengo muchas cosas que revelarte. Pero te ruego que no permanezcas de pié, que no me dirijas miradas recelosas. Hablemos como dos buenos amigos que van á reconciliarse ó á reñir para siempre. En el momento de las explicaciones debe reinar la buena fe y el deseo de firmar las paces.

Daniel vaciló un momento; pero, por último, se dejó caer en una butaca, murmurando en voz baja:

—Estoy dispuesto á oírlo todo. Puede usted hablar, señor conde.

Desde este momento el conde de la Fe estaba seguro de su triunfo, y aunque su rostro permaneció grave, su corazón soltó una carcajada.

CAPITULO IV

En donde el conde de la Fe prueba que tambien pueden defenderse las malas causas

—Para que yo, el dia que tuve el gusto de conocerle por la primera vez,—añadió el conde,—te hubiera revelado quién era tu padre, necesitaba algunos datos ó pruebas irrecusables. Por eso desde aquel instante me propuse que fuese el general Lostan el que, rindiendo tributo á la voz de la sangre, te abriera los brazos, dándote el cariñoso nombre de hijo.

Estas razones debieron parecer absurdas á Daniel, y dijo:

—¿Y para lograr que el general me reconociera como hijo, me elevó usted con su fortuna, aconsejándome que amase á Clotilde, es decir, á mi hermana?

—Precisamente,—contestó con impasible serenidad el conde.—No siempre se puede ir al punto que deseamos por el camino recto, querido hijo. El general

Lostan, que habia tenido la crueldad de prohibirle á tu madre que te revelara el nombre de aquel á quien debias el ser; el general Lostan, que por espacio de muchos años ni siquiera se habia tomado la molestia de ir á verte una sola vez; el general Lostan, en fin, que al recibir de tu mano una carta de Angela, en la cual le recomendaba á su hijo, y que fué bastante infame para arrojarte de su casa, no era fácil que le convenciéramos con súplicas ni con palabras. Por eso yo concebí un pensamiento, ante el cual no tenia otro remedio que doblar su orgullosa frente y decirte avergonzado de su pasada conducta: «Yo soy tu padre.» Y este pensamiento, del que yo estaba satisfecho, del que yo me sentia orgulloso, porque sin faltar á mi palabra, iba á alcanzar para tí un nombre, una posicion, y para tu madre la justa reparacion que tantas lágrimas la habia costado, te ha producido á tí un efecto contrario al que yo esperaba, te ha hecho creer que yo queria perderte, cuando lo único que anhelaba era salvarte. Más propio es de la juventud juzgar con ligereza, precisamente lo que reclama más meditacion y gravedad.

—Pero ese plan era de muy difícil realizacion, porque si mi padre no hubiese acudido á tiempo para impedir nuestro enlace...—repuso Daniel.

—Nunca se habria realizado, porque yo habia tomado mis medidas, y el general hubiese llegado á tiempo para evitar vuestra union sacrilega. A tí te parece el recurso extremo, violento; es lógico que lo juzgues así; porque tú no sabes de lo que es capaz el general Lostan. Dos hombres sabíamos el secreto de tu madre. El

uno era yo, que me he visto precisado á batirme tres veces con el general; el otro el doctor Samuel, que se ha salvado tambien dos veces milagrosamente de las asechanzas de ese hombre. Cuando se tiene que luchar con un individuo de las condiciones del general, es preciso pensar con gran detenimiento las armas que se eligen. Yo, al recordar mi conducta para contigo, estoy tranquilo; tú puedes juzgarme del modo que te plazca; confío que el tiempo te hará exclamar, pero tal vez cuando sea tarde: «El conde de la Fe me quería como un padre; yo he sido un ingrato con él.»

Daniel estaba vencido.

El conde habia logrado introducir en su corazón la duda, y leyendo en sus ojos el estado de su alma como pudiera leer en un libro, el viejo aristócrata comprendió que por entonces habia ganado la batalla.

El pasado del general Lostan no tenia disculpa alguna, y esta era la gran base en que se apoyaba la defensa del conde.

Daniel no podia olvidar que el general le habia arrojado de su casa sabiendo que era su padre, y que durante quince años la infeliz Angela habia vivido olvidada en un pueblo, sin merecer de su esposo, del padre de su hijo, ni una sola palabra de cariño, á la que tan acreedora era por sus legítimos derechos, por su conducta intachable. Era indudable que el general Lostan habia puesto de su parte todo cuanto pudo para borrar hasta la última huella del pasado. El habia atentado por dos veces á la vida del anciano y leal confidente de Angela. Nada, pues, tenia de extraño que el

sencillo y generoso corazón de Daniel vacilara, dando cabida á la duda.

El conde de la Fe, comprendiendo la predisposición en que se encontraba su ahijado, se apresuró á aprovecharse de ella.

Por eso, después de una ligera pausa, durante la cual el joven, con la mirada fija en el suelo y abismado en sus reflexiones, guardó un silencio profundo, el conde habló de esta manera:

—Yo comprendo, hijo mío, que te hallas en una de esas situaciones supremas de la vida, en que es muy difícil resolverse á emprender un camino. Si tú me amaras como en otro tiempo, si como en otro tiempo tuviera yo la seguridad de inspirarte alguna confianza, me permitiría darte algún consejo, que tal vez no te fuera del todo inútil; ¿pero qué podré yo decirte que no quedara destruido ante la poderosa influencia de una hermana á quien amas con toda tu alma, y de un padre que tal vez te pide perdón arrepentido de sus pasadas culpas? Yo me había acostumbrado á verte, á amarte como á un hijo; pensaba con el tiempo nombrarte mi heredero; creía asimismo que el general, que Clotilde, que todos vosotros, en fin, vendríais á darme las gracias algún día; pero me he engañado. Mi conducta ha producido un efecto contrario. Demos, sin embargo, tiempo al tiempo, y vuelve á tu casa, instálate junto al lecho de tu padre, cuida de su salud, salva su vida, si es posible, con tus desvelos, y si mañana cuando se halle restablecido, cuando la salud del cuerpo dé firmeza y seguridad al pensamiento, vuelve á rechazarte de

su lado, no olvides que en mí encontrarás siempre un padre que te recibirá con los brazos abiertos.

Y el conde se llevó las manos á los ojos, como si pretendiera enjugarse alguna lágrima.

Daniel se sentía casi avergonzado de haber dudado de aquel hombre.

—Sí, dice usted bien, señor conde: mi situación es tan difícil, que para resolverla es preciso dar tiempo al tiempo; pero yo, mientras tanto, voy á pedirle á usted un favor, que tendré en mucho más que todos cuantos me ha hecho, porque de él depende la tranquilidad y tal vez la honra de mi hermana Clotilde.

—¿Y qué favor es ese?

—Que usted, que ha guardado por espacio de quince años el secreto de mi nacimiento, siga guardándole hasta el día en que yo crea necesaria su revelación.

El conde pareció vacilar durante un momento, y luego dijo:

—Lo que me exiges es para mí un gran sacrificio, y no puedo darte una seguridad; pero te ofrezco que veinticuatro horas antes de resolverme á hacer tan importante revelación, te enviaré un aviso para prepararte. Si se tratara de tí y de Clotilde, yo no tendría inconveniente en llevarme á la tumba el secreto de tu madre; pero el general Lostan vive, y vive asimismo la marquesa del Rádio; conozco su satánico orgullo, y el deber me ordena que vele por los intereses del hijo de aquella pobre mártir que ya no existe. Eso es todo lo que yo puedo ofrecerte, hijo mío.

Daniel comprendió que sería inútil emplear ni el

ruego ni la amenaza, para que el conde desistiera de su resolucion. Por otra parte, necesitaba respirar el aire libre; se ahogaba en aquella habitacion, y calculando que no rompiendo del todo las hostilidades con el conde podria verle cuando quisiera, y suplicarle ó exigirle, segun lo reclamaran las circunstancias, se decidió á poner fin á aquella entrevista, en que tan rudas conmociones habia experimentado su alma.

—Vamos á separarnos, señor conde; dentro de algunos dias, cuando mi padre se halle restablecido y en disposicion de emprender un viaje, regresaremos á España, y yo confio que el conde de la Fe, á quien profeso profundo agradecimiento, no me faltará á su palabra.

—No he faltado nunca; pero no olvides tú tampoco, hijo mio, que el conde de la Fe está siempre dispuesto á recibirtte con los brazos abiertos como un padre cariñoso.

El conde volvió á tender la mano, como al principio, á Daniel; pero esta vez el jóven se apoderó de ella, y dejándose llevar de los arranques de su sencillo y generoso corazon, la besó respetuosamente.

Un momento despues, Daniel saltaba por la ventana, dirigiéndose precipitadamente á la orilla del lago, donde le esperaba su amigo Julio, sentado en el banquillo de popa de la barca.

El conde permaneció un momento inmóvil, con la mirada fija en la ventana y una sonrisa maquiavélica en los labios.

—¡Ah, juventud!—exclamó hablando consigo mis-

mo.—¡Hermosa juventud! ¡siempre confiada, siempre impresionable, siempre sencilla!...

Y haciendo un movimiento con los hombros, añadió:

—Daniel entró por esa ventana dispuesto á declararme una guerra á muerte, y al fin salió siendo mi aliado. ¡Ah! ¡qué hermosa es la venganza!...

Y el conde, inclinando la cabeza sobre el respaldo de la butaca, soltó una carcajada.

CAPITULO V

La duda en el alma

Julio se puso en pié al ver á su amigo, que se acercaba.

Daniel saltó desde la orilla á la barca, y fué á sentarse triste y meditabundo en la popa.

Luego hizo una seña al barquero para que emprendiera el viaje, y pronto la pequeña embarcacion viró en redondo, dirigiendo la quilla hácia la casa de Diodeti.

Reinaron algunos segundos de silencio.

Daniel, con los codos apoyados sobre las rodillas y la frente hundida entre las manos, permanecía inmóvil. Julio, de pié á su lado, como si adivinara la tristeza de su amigo, le contemplaba con verdadero interés, respetando aquel mutismo.

La luna, mientras tanto, seguia poetizando con su hermosa luz aquel pintoresco panorama.

Por fin, Julio ocupó un sitio al lado de su amigo, y le dijo con cariñoso acento:

—¿Qué tienes? ¿no accede el conde á tus deseos?

Daniel levantó la frente, y entonces su amigo pudo ver dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos.

Aquellas lágrimas sobresaltaron á Julio, y no pudiendo comprender cómo su amigo, que habia penetrado en casa del conde con la enérgica resolución del hombre que va á imponer condiciones, salia tan abatido y ostentando en los ojos aquellos síntomas de debilidad ó de dolor.

—¿Por qué lloras?—volvió á preguntarle con interés.—¿No te inspiro confianza? Habla y tranquiliza la inquietud que me devora. Ya sabes que puedes contar conmigo para todo; somos hermanos del corazón, y por devolveros la tranquilidad y la dicha á tí y á Clotilde, daría gustoso mi vida.

Daniel fijó una mirada penetrante en su amigo, le estrechó la mano cariñosamente, y después de exhalar un suspiro, dijo de este modo:

—Hace poco me has visto saltar resueltamente por la ventana que da al despacho del conde de la Fe. Yo llevaba al cinto un revólver y el corazón predispuesto á exigir á ese anciano una obediencia absoluta. Mi presencia no le causó la menor sorpresa; es un hombre de temperamento frío y sereno, á quien no es tan fácil amedrentar. Me creía con derecho á imponer condiciones, á tener exigencias. El conde oyó mis amenazas, mis insultos sin conmoverse, y cuando le hube arrojado al rostro toda la rabia, todo el enojo que encerraba

mi corazón, me tendió una mano con la tranquilidad de una conciencia pura, y me dió el dulce nombre de hijo.

—Daniel, mucho temo,—repuso Julio,—que ese hombre pretenda engañarte nuevamente.

—También yo lo sospeché al ver la frialdad con que recibía mis graves acusaciones; pero luego de oír sus palabras, después de darme una explicación de su conducta, he sentido en el fondo de mi alma el terrible veneno de la duda.

Y Daniel, agitando tristemente la cabeza, añadió:

—Mi situación, querido Julio, es verdaderamente excepcional, y basta recordar la conducta de mi padre para que el más terrible desconsuelo se apodere de mi corazón.

—Hay situaciones en la vida en que es preciso echar un espeso velo sobre el pasado. ¡Ay de tí, Daniel! ¡ay de tí si no borras de tu memoria el ayer! ¡ay de tí si guardas en tu alma ni un solo recuerdo que pueda mantener vivo en tu imaginación el pasado!

—¡Olvidar!... Eso es muy difícil, Julio, y sobre todo cuando aún no ha llegado la hora de tener una explicación de mi padre, cuando aún no he podido oír de sus labios palabras que tranquilicen la inquietud de mi espíritu y devuelvan la calma á mi corazón. Desde que he descubierto el secreto de mi nacimiento, desde que he leído las sentidas páginas que como un recuerdo de ultra-tumba me dejó mi madre, una lucha terrible, insostenible, conmueve y despedaza mi alma. Muchas veces me pregunto, si es justo que yo, pobre

hijo abandonado, guarde las consideraciones que se merece un padre que ha tenido valor para arrojarme de su casa, despues de convertirse por espacio de muchos años en el verdugo de la santa mujer que me llevó en sus entrañas; y para que esta lucha continúe en medio de la más espantosa confusion, recuerdo los favores recibidos por el conde de la Fe, su proteccion sin límites, sus consejos, que en otro tiempo me llenaban de júbilo y que hoy me horrorizan, porque me hacen comprender hasta dónde llega la maldad del hombre.

—Por eso, querido Daniel, debes desconfiar del hombre que con astucia infernal te empujaba á la perdition.

—Es que ese hombre acaba de explicarme satisfactoriamente su conducta.

—Su conducta no tiene explicacion posible.

—¡Ah! si tú le hubieras escuchado, si tú hubieras visto su frente serena, su mirada tranquila, si hubieras oido su voz segura, reposada, te hubieras como yo convencido de que es ménos criminal de lo que habíamos creído.

—Pero bien, ¿qué te ha dicho?—preguntó con impaciencia Julio.

—Me ha recordado la conducta del general Lostan para con mi madre, para conmigo, para con el doctor Samuel, conducta que demostraba claramente, que no se hallaba dispuesto á reconocermé por hijo, sino que, por el contrario, ponía de su parte todos los medios para borrar por completo las huellas que con el tiempo pudieran conducirme al descubrimiento de la verdad.

—¿Pero el conde ignoraba que tú eras hijo del general Lostan?

—No.

—¿Entonces por qué no te lo reveló?

—Porque habia hecho un juramento.

—Y aunque así fuese, si ese juramento era tan sagrado, tan grande, tan inquebrantable, que le ponía en el caso de condenar á la orfandad á un hombre inocente, ¿por qué en vez de apartarte de Clotilde te empujaba hácia ella?

—Para que llegara por ese medio el día en que el general Lostan, abriéndome sus brazos, me llamara su hijo.

—No comprendo lo que me dices,—añadió Julio con asombro.

—Tampoco lo comprendía yo, Julio; también al oír las explicaciones del conde de la Fe, dudé, vacilé y temí que nuevamente pretendiera tenderme una celada. El plan del conde, sin embargo, es preciso confesar que, aunque extraño, podía dar grandes resultados en favor mio, porque el general, al ver el gran peligro que corría su hija, no hubiera podido ménos de exclamar: «Ese casamiento es sacrilego, porque son hermanos.»

—¿Pero y si hubiera llegado tarde para evitarlo?

—El conde tenía tomadas todas sus medidas para que esto no sucediera.

—Daniel, no me preguntes las razones; pero, créeme, desconfía de ese hombre.

—¡Ah! ¡desgraciadamente comienzo á desconfiar de todos!

—¡De todos!...—repitió Julio.

—Sí, de todos, Julio, de todos; exceptuando de tres seres, á quienes amo con toda mi vida: á Clotilde, á tí y al doctor Samuel. Vosotros no podeis nunca inspirarme desconfianza, y yo seria altamente injusto si desconociera lo que valeis y lo que me amais. Para vosotros mi gratitud será eterna.

—Pues bien; Clotilde será para tí el ángel intercesor que ha de redimir de sus pasadas culpas al general Lostan. Confia en ella como se confia en la Providencia.

—¡Quién sabe!...—repuso Daniel, haciendo un movimiento con los hombros.—Existe una mujer dominada por el orgullo, la cual aborrece de muerte al general Lostan, y esa mujer será siempre un obstáculo terrible para nuestra felicidad.

—¿Hablas de la marquesa del Rádio, de la madre de Clotilde?

—Sí, ella no puede transigir con la vergüenza que la vindicación de mi madre arrojaría sobre el nombre del general Lostan.

Y Daniel, estrechando cariñosamente contra su pecho una de las manos de su amigo Julio, añadió con sentida entonación:

—Julio, este drama de familia en que me ha tocado en suerte uno de los principales papeles, debe tener una víctima por desenlace: ¿quién será esta víctima? Dios sólo lo sabe.

Y Daniel dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho.

Un momento despues, la barca atracaba en el pequeño desembarcadero del palacio de Diodeti.

Los dos amigos saltaron á tierra, dirigiéndose por una calle de árboles hácia el palacio.

Como si un profundo pesar embargara sus almas, caminaban en silencio y con la mirada fija en el suelo.

CAPÍTULO VI

En un paso atrás

La marquesa del Babilio había mandado disponer una habitación en el palacio de Diodeti, precisamente al extremo opuesto de la que ocupaba su esposo el general Bentris.

La terrible escena que había tenido lugar á los pocos momentos de su llegada al lago Lemán, había conmovido, por decirlo así, la honda y antigua herida abierta en el corazón de la marquesa.

Nuestros lectores recordarán, que al oír la intemperante de doña Bentris, el general abandonó su lecho, y como un espectro evocado de las tumbas, se presentó pálido y descompuesto á preguntarle si venía por su vida, cayendo como herido por un rayo sobre el pavimento de la habitación después de pronunciar algunas palabras.

Un momento después, la pareja atravesaba en el por-
tueño desembarcadero del palacio de Diodeti.
Los dos amigos salieron a tierra, dirigiéndose por
un calle de árboles hacia el palacio.
Como si un profundo pesar embargara sus almas,
caminaban en silencio y con la mirada fija en el suelo.

CAPÍTULO VI

Ni un paso atrás

La marquesa del Rádio había mandado disponer una habitacion en el palacio de Diodeti, precisamente al extremo opuesto de la que ocupaba su esposo el general Lostan.

La terrible escena que había tenido lugar á los pocos momentos de su llegada al lago Léman, había enconado, por decirlo así, la honda y antigua herida abierta en el corazon de la marquesa.

Nuestros lectores recordarán, que al oir la intemperancia de doña Beatriz, el general abandonó su lecho, y como un espectro evocado de las tumbas, se presentó pálido y descompuesto á preguntarle si venia por su vida, cayendo como herido por un rayo sobre el pavimento de la habitacion despues de pronunciar algunas palabras.

El general fué conducido á su lecho, y la marquesa entonces, sin importarle lo que pudiera suceder á su esposo, se retiró con doña Mercedes á una de las habitaciones más apartadas del palacio.

Allí permaneció encerrada durante las primeras veinticuatro horas, sin permitir la entrada á nadie, exceptuando á la buena anciana que la habia acompañado desde España.

Pero aquel retraimiento, aquella soledad, no podia prolongarse mucho, y repuesto un tanto el agitado espíritu con el silencio y la calma, doña Beatriz comprendió que era preciso tener una explicacion con su hija, á quien el dia antes le habia por dos veces negado la entrada en la habitacion.

Hay caracteres que antes que doblegarse á las circunstancias prefieren romperse. Hay criaturas que, dominadas por el orgullo, lo sacrifican todo antes que ceder un paso ni retroceder en el camino que se han propuesto seguir.

Doña Beatriz, olvidándolo todo, habia corrido á Suiza sin otro objeto que evitar un reconocimiento que hace muchos años le preocupaba. Al llegar al palacio de Diodeti, al ver á Clotilde y á Daniel juntos, el despecho, la rabia, se apoderaron de su corazon, y dejándose llevar por la impetuosidad de su carácter, se habia olvidado hasta de los deberes que la sociedad impone á las almas bien nacidas.

Por otra parte, como madre, sentia un profundo resentimiento hacia Clotilde, porque al ver al general desvanecido en el suelo habia corrido á prestarle sus

auxilios, olvidándose de que ella, su madre, no los necesitaba ménos.

Por eso cuando Clotilde, algo más tranquila, buscó á la marquesa por el palacio y supo que se habia refugiado en una de las habitaciones con doña Mercedes, quiso verla, la marquesa, que aún se sentia dominada por el despecho, no quiso recibirla.

Pero pasó la noche, y la marquesa, aunque nerviosa y agitada, logró por fin dormir dos horas, y la luz del nuevo dia pareció tranquilizar un poco su agitado espíritu.

Al abrir la ventana, el sol comenzaba á elevarse majestuosamente desde el fondo del lago. El cielo, de un azul purísimo, sonreia por todas partes, y la brisa de la mañana fué á orear la ardorosa frente de la marquesa del Rádio.

La poesía, los encantos de un paisaje, influyen de una manera viva y directa en el estado de nuestro espíritu.

El lago Lemán se presentaba á los ojos de la marquesa del Rádio con toda su esplendorosa hermosura, con todos sus irresistibles encantos.

Doña Beatriz, apoyada en el cancel de la ventana, exhaló un suspiro, porque el poético panorama que tenia ante los ojos le recordaba un tiempo más dichoso.

Ella tambien, veinte años antes, durante ese encantador período de la luna de miel, habia acudido á Suiza llevando por único testigo de su felicidad al hombre con quien acababa de unirse en España: al general Lostan.

La vida de los recuerdos es uno de los dones más preciosos que concede el Hacedor á la criatura.

La marquesa se entregó durante algunos minutos á esa vida en que se recuerdan los más pequeños detalles, y haciéndonos exhalar un suspiro del fondo del alma, los labios murmuran estas palabras:

—El tiempo pasa para no volver jamás.

Doña Mercedes, que conocia profundamente á la marquesa, respetó durante una hora aquel silencio, y viendo que algunas lágrimas asomaban á sus ojos, se dispuso á ser la intercesora entre la madre y la hija, entre la esposa y el esposo.

Aquella buena anciana, que hacia más de veinticinco años se hallaba al servicio de la casa, era una de estas naturalezas dulces, tranquilas, condescendientes; no comprendia la vida sin la perfecta paz del alma, y llena de fe religiosa, todas las noches dirigia su plegaria á Dios para que pusiese fin á aquella lucha doméstica, que causaba la desgracia de sus años.

Acercóse poco á poco hácia la ventana, y despues de un momento de vacilación, porque la marquesa le inspiraba un gran respeto, se resolvió á dirigirle la palabra de este modo:

—Señora, usted sufre, y me aflige en verdad ese sufrimiento; que si yo no comprendiera la poderosa causa que lo motiva, me lo revelarían esas lágrimas que brotan de sus ojos. Inútil es oponerse á los fallos de la Providencia; bendigámos, pues, al que todo lo puede, porque sin su voluntad no se mueve ni una sola hoja de los árboles. Usted, señora, cumpliendo con sus de-

beres de madre, abandonó á España sin otro objeto que salvar de una gran desgracia á su hija; Dios ha querido que llegase usted á tiempo para evitar esa gran desgracia: lo demás debe importarle poco.

La marquesa abandonó la ventana, fué á sentarse en una butaca, y fijando una mirada sombría en doña Mercedes, contestó:

—Sí, dice usted bien; hemos llegado á tiempo de evitar una gran desgracia, una desgracia que hubiera sido horriblemente espantosa; pero no por eso nos hallamos libres de la vergüenza, del oprobio, del escarnio de las gentes. Daniel sabe, según sospecho, la historia de su nacimiento, y si el general y Clotilde le han reconocido, si ese jóven reclama los derechos que legítimamente le corresponden, ¡oh! entonces... entonces...

La marquesa exhaló un rugido, se cubrió el rostro con las manos, y continuó llorando.

—Yo conozco, señora, que es una desgracia todo lo que nos sucede; pero ¿qué culpa tiene de ello la señorita Clotilde?—dijo doña Mercedes.—La pobre necesita también de consuelos y escuchar palabras cariñosas que tranquilicen su espíritu. Dos veces ha venido esta noche con los ojos llenos de lágrimas á ver á su madre; pero su madre no ha querido recibirla, y yo, que conozco toda la ternura, toda la bondad que se alberga en el corazón de la señorita Clotilde, sé que habrá sufrido mucho viéndose rechazada por aquella que tanto ama.

—¡No, no, Clotilde ama mucho más á su padre

que á su madre!—exclamó la marquesa.—¿Recuerda usted lo que sucedió á nuestra llegada á esta casa?

—Señora marquesa, Clotilde, como todas las almas sensibles, y dejándose llevar por los impulsos de su generoso corazon, accedió á socorrer al más desgraciado, al que necesitaba más de sus auxilios, y se arrojó llena de pena y de dolor en brazos de su padre, á quien creia muerto; luego usted abandonó precipitadamente la habitacion. Ella ha querido ver á su madre, pero su madre le ha cerrado las puertas y no le ha permitido la entrada.

—¿Eso es una reconvencion?—preguntó la marquesa.

—¡Líbreme Dios de semejante atrevimiento! La gratitud que me inspira toda la familia, el deseo de que suene la hora de la verdadera reconciliacion, me hace muchas veces traspasar los límites que me impone mi modesta situacion; pero yo ruego á la señora marquesa que me perdone, y no olvide que durante muchos años he sido el aya de la señorita Clotilde, y la quiero como á una hija.

En este momento llamaron suavemente á la puerta.

La marquesa se estremeció, fijó una mirada en doña Mercedes, que sonriéndose de un modo bondadoso, dijo:

—Es ella, señora; es Clotilde, que viene por tercera vez á preguntar por su madre. ¿Qué le digo?

Doña Beatriz guardó silencio.

Aquella tenacidad le hacia daño, le despedazaba el corazon, y sin embargo, creyéndose ofendida por su

hija queria prolongar por más tiempo una entrevista que anhelaba con toda su alma.

Segunda vez llamaron á la puerta.

—Vamos, señora,—añadió con acento suplicante doña Mercedes,—la pobrecita espera en la puerta, deseando reconciliarse con su madre, á la que, despues de todo, no ha ofendido.

Doña Beatriz se pasó la mano por la frente, enjugó sus ojos, y dijo con acento severo:

—¡Que pase!

Doña Mercedes exhaló un grito y corrió hacia la puerta con más ligereza de la que podia esperarse de sus largos años.

CAPÍTULO VII

Un carácter enérgico

Mercedes y Clotilde, pues esta era la que llamaba, cambiaron algunas palabras en voz baja, y Clotilde entró, llegando precipitadamente adonde estaba su madre y arrodillándose á sus piés.

La marquesa indicó á Mercedes que se retirara, y luego dijo á su hija, procurando dominar la emoción que sentía:

—Clotilde, levántate y siéntate á mi lado. Tenemos que hablar de cosas muy serias, porque yo pienso mañana mismo regresar á España.

—¿Cómo, madre mia!...—contestó Clotilde.—
¿Marcharse antes de que se restablezca el general?

—Sí,—contestó secamente la marquesa.

—¿Y si por desgracia se muere?...—repuso Clotilde.
Doña Beatriz se encogió de hombros.

—¿Voy á quedarme sola en un país extranjero?

—Puedes venir conmigo si quieres.

—¡Pero entonces abandono á mi padre!

—¡Abandonar á tu padre!—repitió la marquesa.—

¿Olvidas que queda á su lado otro hijo, cuyos derechos son tan legítimos como los tuyos?

Clotilde exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—No pretendo violentarte,—volvió á decir la marquesa con un acento seco é impropio de las circunstancias.—Sé lo que amas al general; puedes venir conmigo ó quedarte á su lado; pero yo no puedo permanecer en esta casa, á no ser que la abandone el hijo de Angela.

—¡Madre mia! ¿olvida usted que Daniel es un huérfano? Esperemos á que el general se restablezca, y luego sin escándalo él decidirá la marcha que debe seguir nuestra familia.

—¡Esperar!—murmuró la marquesa, sonriendo de un modo sarcástico.—Hace quince años, hija mia, que oculto al mundo ese secreto que pesaba sobre mi corazón como una losa de plomo; hace quince años que nada de comun existe entre el general Lostan y la marquesa del Rádio. ¡Tú no puedes comprender lo que he sufrido, las horas de amargura, las noches de insomnio que he pasado!... Y todo ¿para qué? Para que ese jóven te usurpe todos los derechos, para que se alce soberbio y amenazador ante nosotros, é imponga sus condiciones, tal vez vergonzosas, tal vez inaceptables.

—Madre mia,—añadió Clotilde,—si usted conociera á Daniel, no le juzgaría de ese modo.

—¿Vas á hacerme la defensa de ese hombre,—ex-

clamó doña Beatriz,—que ha venido á matar con un solo golpe la paz de nuestra casa, esa paz que todos hemos codiciado tanto tiempo, y que apenas comenzábamos á disfrutar vuelve á desaparecer para siempre?... Te prevengo, hija mia, que es muy imprudente convertirse en defensora de un hombre que apenas se conoce hace tres meses.

—La bondad del corazon, la belleza del alma, se manifiestan pronto en la criatura. Yo sé de lo que es capaz Daniel, y estoy tranquila.

—¿Y crees tú que ese jóven es capaz de llevar á cabo un rasgo de sublime abnegacion, de sacrificarse por tí, por la marquesa del Rádio y por el general Lostan?

—Lo creo capaz de llevar á cabo las acciones más nobles.

—Clotilde, te ciega la pasion.

—No, madre mia; tengo el profundo convencimiento, arraigado en el alma, de que Daniel por ahorrarme una sola lágrima seria capaz de darme su vida.

—Ha pasado el tiempo del heroismo,—añadió sonriéndose desdeñosamente la marquesa:—Daniel es jóven, y tendrá ambicion; por otra parte, resentido por la conducta que con su madre observó, el general se creará con el derecho de exigir una ámplia y completa satisfaccion, y ya comprenderás, Clotilde, que no soy yo la que debo arrodillarme á los piés de ese jóven para pedirle clemencia; nada le debo, nada, pues, quiero que me conceda. Mañana mismo, vuelvo á repetírtelo, abandonaré esta casa; puedes venir conmigo ó quedarte con tu padre; si se libra de la muerte; si Dios,

queriendo castigar sus culpas con el remordimiento eterno, prolonga su vida, hoy amenazada, tanto peor para él; en Madrid le espero, en donde entablaré mi divorcio, para que nada en el resto de mis días haya de comun entre el general Lostan y la marquesa del Rádío.

Clotilde se arrojó á los piés de su madre, se apoderó de una de sus manos, y cubriéndolas de besos y lágrimas, exclamó con acento suplicante:

—¡No, madre mia, no; usted no hará eso: usted, que tanto tiempo se ha sacrificado viviendo retirada del mundo por librar de la vergüenza y el oprobio á su hija, no puede hoy promover un escándalo en nuestro hogar doméstico! ¡Todas las heridas que la maledicencia abre en la honra del general, vendrán de rechazo á herir la nuestra; es preciso salvarle, aunque no sea más que por egoísmo!

—¿Y cómo, desventurada, cómo puede suceder eso, cuando el secreto de Angela no lo es ni para el doctor Samuel, ni para Julio de Montforte, ni para tí, ni para Daniel, ni para el conde de la Fe? ¿Crees tú que todos van á ponerse una mordaza por salvar al general de la vergüenza? ¡Ah! eres demasiado niña; ni conoces á los hombres ni á la sociedad en que vives.

—¿Y si todos guardaran silencio?

—¡Imposible!... Nunca un secreto ha podido serlo, depositado en la confianza de tanta gente.

—¡Pues bien, madre mia; publíqueno en buen hora todos los que lo saben: ningún derecho tenemos para imponerles silencio, para condenarlos al mutismo; pero

no seamos nosotras las primeras en arrojar la piedra del escándalo! ¡Que otros publiquen nuestra vergüenza; pero nuestros labios deben permanecer cerrados con el impenetrable silencio de la muerte! Yo soy una pobre mujer, casi una niña, que ni conoce á los hombres ni las falsedades del mundo; pero siento en el fondo de mi alma una voz que me dice: «Tu deber consiste en salvar á tu padre,» y yo le salvaré, madre mia, yo le salvaré, aunque tenga necesidad para ello de sacrificar mi fortuna, mi amor propio, mi vida. Si usted se halla resuelta á abandonarnos, mi dolor será profundo, porque me veré precisada á privarme de mi madre, porque mi puesto es al lado del general Lostan.

—¿Estás resuelta á no abandonarle?

—Sí, madre mia.

—Pues yo estoy resuelta á abandonar esta casa tan pronto como asome por el Oriente la luz de la nueva aurora.

—Yo espero que mi madre meditará con calma en las horas que aún le quedan de permanecer en esta casa, tan extrema resolución.

—¡Estoy decidida!

—Entonces, madre mia, que Dios tenga piedad de nosotros.

Clotilde se levantó, se enjugó los ojos, y encaminóse pausadamente hácia la puerta.

Conocía el carácter terco y enérgico de su madre, y estaba convencida de que en aquellos momentos todas las súplicas serian vanas.

Sin embargo, un resto de esperanza se albergaba

en su corazón, y al cruzar los dinteles de la puerta se dijo hablando consigo misma:

—Volveré esta noche á suplicarla por la última vez.

Doña Beatriz permaneció algunos minutos inmóvil, con la mirada fija en el suelo, los ojos enrojecidos, pero sin lágrimas, y el rostro pálido y meditabundo.

Por fin, levantó la frente como si hubiera tomado una firme resolución, agitó la cabeza y murmuró en voz baja:

—¡Es preciso!... Yo sería aquí un estorbo: mi carácter y el justo resentimiento que arde en mi pecho, no son los más á propósito para una reconciliación. Yo debo esperar en mi casa sin ceder ni un solo paso. Todo el derecho, toda la razón, toda la justicia, están de mi parte. Mi frente debe permanecer serena y levantada; ¡que se humille el culpable! ¡que suplique el delincuente! ¡que lllore el criminal! pero yo debo permanecer serena, y así será.

Y extendiendo la mano, tiró con firmeza del llamador de la campanilla.

Pocos segundos después aparecía en el gabinete doña Mercedes.

—Mañana en cuanto nazca el día,—dijo la marquesa,—partiremos para España.

—¡Bien sabe Dios que lo deseo con toda el alma!—contestó con marcadas muestras de regocijo la anciana.—A mi edad, sólo calienta el sol de la patria.

Y como la marquesa quedara silenciosa, doña Mercedes añadió:

—Supongo que partiremos todos.

—Supone usted mal.

—¡Cómo!

—El general y Clotilde se quedan en esta casa.

—¿La señorita Clotilde no viene con nosotros?

—Se queda al lado de su padre hasta que se restablezca.

Y como la marquesa comprendiera que doña Mercedes iba á oponer algun obstáculo sobre aquella resolución, añadió:

—Quiero estar sola: tenga usted dispuesto el equipaje para mañana al amanecer, y no permita usted que entre nadie á molestarme bajo ningún pretexto.

Doña Mercedes exhaló un suspiro, y salió del gabinete murmurando en voz baja:

—¡De qué le sirve su inmensa fortuna, si su carácter la hace la mujer más desgraciada de la tierra!... Yo veré á Clotilde, y ella tal vez consiga lo que yo no me atrevo ni aun á indicar.

CAPITULO VIII

Vacilacion

Clotilde procuró borrar de su rostro las huellas del llanto.

Aquella hermosa jóven, para quien el mundo, pocos meses antes, no era otra cosa que un paraíso sonriente poetizado con un horizonte de color de rosa, veia extenderse de pronto delante de ella un porvenir de lágrimas y de amarguras.

Con una madre resignada y tolerante, hubiera aún podido abrigar la esperanza en su alma juvenil de ver renacer la paz en su hogar doméstico; pero la marquesa se habia propuesto una guerra á cuchillo sin cuartel, y esta conducta sobresaltaba el apasionado corazon de Clotilde.

Por un momento concibió la esperanza de que ella podria ser la cariñosa intercesora que se presentara en medio de aquella lucha doméstica con el laurel de la paz en la mano.

Pero las últimas palabras de su madre, la firme resolución de abandonar aquella casa al día siguiente, le habian hecho comprender que era bastante difícil realizar su hermoso pensamiento.

Antes de entrar en la habitación que ocupaba su padre se detuvo, porque tenia necesidad de serenarse.

Después penetró en la sala resueltamente. Allí estaba el doctor Samuel.

—¿Cómo sigue el general?—preguntó Clotilde al médico.

—Bastante bien, hija mía: hace dos horas que goza de un sueño reparador, y este sueño es para mí una gran esperanza.

Y como Clotilde dirigiera una mirada en derredor suyo, como buscando algo, el médico añadió sonriéndose:

—Daniel y Julio han salido hace poco á dar un paseo por el jardín.

Clotilde fué á sentarse en una butaca junto á la ventana.

El doctor continuó paseándose.

Trascurrió un cuarto de hora, durante el cual reinó el más profundo silencio.

De vez en cuando Clotilde dirigia una mirada al jardín, á través de los cristales de la ventana.

Por una calle de hermosos y rectos chopos carolinenses se paseaban, manteniendo al parecer una animada conversacion, Daniel y Julio.

Clotilde hubiera deseado oír lo que se decían su

hermano y su amigo; pero esto era imposible, atendida la distancia á que se encontraban.

Trascurrieron algunos minutos.

La jóven permanecía muda, inmóvil y con la mirada fija en el poético horizonte que se distinguía á través de su ventana.

El doctor continuaba sus paseos.

Por fin, un suspiro prolongado, una especie de gemido doloroso se oyó en el fondo de la alcoba, y una voz débil dijo:

—Tengo sed.

El general se habia despertado.

Clotilde y el doctor corrieron á la alcoba.

—¡Ah! ¿estás tú ahí, hija mia? ¡Pobre Clotilde! ¡Yo queria hacerte la más venturosa de las mujeres, y quién sabe si te haré la más desgraciada!

Clotilde, por única respuesta, depositó un cariñoso beso en la frente de su padre.

—Los besos de los hijos son un gran consuelo para los padres que sufren,—añadió el general.

Y luego, procurando sonreirse, dijo:

—¿No es verdad, doctor?

—El hombre, señor general, se complace con frecuencia en aumentar sus sufrimientos. Yo ruego á usted que no torture la imaginacion, que procure tranquilizarse, porque lo más importante es restablecer la salud.

—Hubiera sido preferible cien veces la muerte,—repuso el general,—á sufrir lo que sufro. Ustedes han visto entrar en esta casa á la marquesa del Rádío,

altiva y amenazadora. Su intemperancia estuvo á punto de costarme la existencia; no se condolió del pobre enfermo, fué despiadada conmigo, y luego han transcurrido los días sin que se haya dignado enviarme un recado de atención, sin que se tome el menor interés por el hombre que, despues de todo, es el padre de su hija.

Y el general, exhalando un suspiro y colocando la mano derecha sobre la cabeza de su hija, añadió:

—Yo creía que este ángel de consuelo que Dios me ha concedido, seria la cariñosa intercesora, que redimiendo mis pasadas culpas, borraría de la memoria de la marquesa los resentimientos, logrando establecer en nuestro hogar doméstico la envidiable paz de la familia. Clotilde calla, llora y oculta la frente entre sus manos, y ese silencio y esas lágrimas me anuncian que no ha podido enternecer el corazón de su madre. ¿No es verdad, Clotilde?

Clotilde guardó silencio.

Una sonrisa profundamente triste asomó á los labios del general.

—Sí, su carácter es de acero,—añadió,—yo he sido muy culpable, pero he sido tambien muy desgraciado, porque me he unido á una mujer, que ni conoce el perdon, ni la clemencia.

—El tiempo, señor general, aplaca los odios y borra los resentimientos. Es preciso esperar; no todas las mujeres tienen un corazón tan noble, tan hermoso como aquella mártir cuyas cenizas descansan en el fondo de una tumba.

— ¡Es verdad! — murmuró el general, cerrando los ojos y exhalando un suspiro.

Y como trascurrieran algunos segundos y Clotilde permaneciera llorando, el general añadió:

— Es indudable, hija mia, que tienes que decirme algo.

Clotilde inclinó la frente y continuó guardando silencio.

Entonces el general dirigió una mirada al doctor, y este, comprendiendo que aquella mirada era una súplica para que le dejara solo con su hija, salió de la alcoba y se dirigió al jardín á reunirse con Daniel y Julio.

— Habla, hija mia, — añadió el general despues de una pausa; — ¿qué podrias decirme que añadiera nuevos dolores á mi corazon? ¡He sufrido mucho!... No temas, pues, revelarme esa pena que aflige tu alma y que me indica la tristeza de tus ojos.

Clotilde levantó lentamente la cabeza, fijó una mirada llena de melancolía en su padre, y dijo:

— He tenido una entrevista con mi madre. Tú conoces su carácter inflexible, y está resuelta á partir hoy mismo.

Clotilde suspiró, y como el general guardara silencio, volvió á decir:

— ¡Vanos han sido mis ruegos!... ¡inútiles mis súplicas! Formada su resolucion, mi madre partirá, y es triste pensar que nunca el sol de la paz y la ventura embellecerá con sus hermosos rayos nuestro hogar doméstico.

—¿Pero para tomar una resolución tan extrema,—añadió el general,—qué causas alega?...

—Dice que no quiere vivir bajo el mismo techo que Daniel.

—Pues bien; que parta, que rompa de una vez todos los lazos que aún nos unen, que sea la trompeta del escándalo, puesto que así lo quiere; pero que tenga entendido que yo, ni puedo ni quiero arrojar á mi hijo de mi casa.

Una hora despues, Clotilde, viendo que el general cerraba dulcemente los ojos, comprendió que se sentia fatigado y que deseaba descansar.

Entonces salió de la alcoba y fué á colocarse triste y silenciosa junto á la ventana, desde donde se distinguia todo el hermoso panorama del lago.

Nunca el sol habia brillado con más radiante esplendor.

Las brisas primaverales llevaban hasta Clotilde el aroma que habian robado á las flores, y permaneciendo en dulce éxtasis se entregó á la interesante vida de los recuerdos.

Existen puntos de vista, que al contemplarlos, el alma se dilata y convidan á la meditacion.

La hija del general Lostán se hallaba verdaderamente preocupada por sus recuerdos.

La terrible lucha, esa lucha abrumadora en que toma una parte activa el alma, y en que todos los golpes van directamente al corazon, habia hecho que la

hermosa jóven perdiera en parte su carácter alegre y risueño.

Ella, como el ángel de paz y bienandanza, habia concebido por un momento la esperanza de ser la intercesora en el seno de su familia.

Pero esta esperanza comenzaba á abandonár su virginal pecho, y una profunda tristeza se apoderaba de su espíritu.

Por eso allí, apoyada en el cancel de la ventana y con la mirada tristemente fija en el hermoso horizonte que se extendia ante sus ojos, pedia en vano á su fatigada imaginacion un recuerdo salvador que uniera para siempre con los dulces lazos de la familia á todos aquellos seres que tanto amaba.

Ni ella misma hubiera podido explicarse el tiempo que pasó junto á la ventana, cuando de pronto, exhalando un grito, que más bien parecia uno de esos dolorosos lamentos que brotan del corazon, llevóse las manos á los ojos como si no diera crédito á lo que veia, y arrancándose, por decirlo así, del sitio donde se hallaba, cruzó rápidamente algunas habitaciones, llegó al jardin, y una vez allí continuó corriendo con increíble rapidez hácia el pequeño embarcadero del lago.

Antes de llegar, vió con espanto una pequeña embarcacion, que con su vela latina desplegada, iba alejándose de la orilla empujada por la brisa.

Entonces Clotilde comprendió que le faltaban las fuerzas, y extendiendo los brazos en ademán suplicante, dijo con uno de esos gritos que nacen del fondo del alma:

—¡Madre, madre mia!...

En el banquillo de popa de la barca iban dos mujeres vestidas de negro.

Una de ellas se puso en pié, y agitando un pañuelo blanco en señal de despedida, dijo con acento claro y vibrante:

—¡Todo á concluido entre nosotras!... ¡Adios para siempre!...

Eran la marquesa del Rádío y la anciana doña Mercedes, que abandonaban el palacio de Diodeti.

La barca continuó alejándose de la orilla.

Clotilde hizo un esfuerzo desesperado. Comprendía que aquella separacion iba á ser eterna, y una resolucion desesperada cruzó por su mente.

Llegó á la orilla, volvió de nuevo á extender los brazos en ademan suplicante hácia la barca, y con acento desesperado exclamó:

—¡Madre mia!... ¡O vuelves á reunirme conmigo, ó me arrojo al lago!

Entonces Clotilde se sintió cogida por la cintura, y una voz dulce, cariñosa, le dijo al oído:

—Déjala partir: ¡á qué hacer el sacrificio de una vida que tu padre y tu hermano necesitan?

Clotilde volvió la cabeza. Se encontraba en los brazos de Daniel. Exhaló un grito, y cayó desmayada.

LIBRO SEGUNDO



CONTINÚA LA LECTURA



LIBRO SEGUNDO

CONTINUA LA LECTURA

CAPÍTULO PRIMERO

Recuerdos

Daniel condujo en brazos á Clotilde hasta un cenador.

Aquel desvanecimiento duró poco. Algunos minutos despues la hermosa jóven abrió los ojos, y llevándose la mano á la frente, fijó una mirada cariñosa en su hermano, enviándole una sonrisa triste como el dolor que sentia en su alma.

—¡Gracias, Daniell!—le dijo.—Acabas de salvarme la vida: se habia apoderado de mí un vértigo, del que te confieso con ingenuidad que estoy afrentada; pero la repentina ausencia de mi madre me aturdió, porque me anuncia nuevas desgracias.

Daniel escuchó en silencio aquellas disculpas casi

incoherentes que le daba su hermana, y estrechando cariñosamente sus manos, le dijo con un acento dulce y apasionado:

—La marquesa del Rádio es altamente injusta con el hijo de aquella pobre mártir, que tuvo bastante abnegacion para sacrificar por ella su honra y su porvenir.

Y sonriéndose de un modo triste, añadió:

—Recuerdo que en las sentidas páginas del manuscrito de mi madre, hay un párrafo que describe la escena que tuvo lugar una noche en el pueblo de Horche, entre mi madre y la marquesa del Rádio. Precisamente es el punto donde interrumpimos la lectura, y han quedado tan grabados en mi imaginacion algunos episodios, que no es fácil se borren nunca. «Yo no podré olvidar nunca tanta abnegacion, tanta generosidad. Usted es un ángel, y será para mí un gran consuelo que me honre permitiéndome que la llamase hermana.» Esto dijo una noche tu madre á la mia, y hoy, olvidando lo que nunca deben olvidar las personas bien nacidas, para permanecer aquí junto á su esposo enfermo, al lado de su desconsolada hija, se atreve á imponerte la condicion de que abandone este palacio el hijo de Angela.

—¡Luego tú sabes!...—preguntó sobresaltada Clotilde.

—Sí, hermana mia: sé las condiciones que te ha impuesto la marquesa, y siento en verdad que no las hayas aceptado.

—¡Ah! ¡nunca, nunca!... ¡Tú eres mi hermano, tú

tienes sobre la fortuna y los títulos del general más derechos que yo!

—Querida hermana,—añadió Daniel, cambiando de entonación y estrechándola cariñosamente contra su pecho,—no hablemos ahora de derechos, que nunca he pensado reclamar. Nuestro deber consiste en ver pronto restablecido al general. Si te inspiro alguna confianza, vive tranquila; el tiempo te demostrará que no has sembrado tu cariño en el corazón de un ingrato. Confío también que la marquesa del Rádío vuelva á reunirse con nosotros, persuadida de que á nada conduce su terquedad. Y ahora voy á pedirte un favor.

—Que yo no sabré negarte.

—En eso confío.

—Habla.

—Los acontecimientos desagradables que han tenido lugar en derredor nuestro durante dos días, han sido la causa de que el manuscrito de mi madre, cuya lectura interrumpimos para correr á salvar al general, se halla olvidado. Nuestro padre, afortunadamente continúa restableciéndose, aunque muy poco á poco, y yo quisiera que mañana al despertar el alba, solos y sin más testigos que ese pobre barquero que no entiende el español, diéramos un paseo por el lago y continuáramos la lectura del manuscrito. Según por los fólíos que aún nos faltan que leer, sospecho que mi madre tiene aún que decirnos muchas cosas, que yo no debo ignorar.

—Mañana al rayar el día me encontrarás junto al embarcadero,—contestó Clotilde.

—¡Gracias, hermana mia! Ahora permite que te acompañe hasta tu habitacion. Te sientes fatigada, y necesitas algunas horas de reposo. Yo mientras tanto iré á colocarme junto al lecho de nuestro padre.

—Vamos, pues.

Daniel condujo á su hermana hasta su gabinete, y luego se dirigió á la habitacion del general, en donde se hallaban el doctor Samuel y Julio de Monforte.

Daniel saludó á sus amigos y penetró en la alcoba. Sentóse en una butaca que se hallaba junto á la cabecera, guardando el mayor silencio.

El general, que tenia los ojos cerrados, se apercebíó sin duda de que alguien entraba en la alcoba, los abrió, y fijando una mirada en Daniel, dijo en voz baja:

—¡Ah! ¿eres tú, hijo mio? ¿Es verdad que la marquesa nos ha abandonado?

—Sí, general... A estas horas se halla cruzando el lago en direccion á Ginebra,—contestó friamente Daniel.

—Tiene un carácter inflexible: me ha hecho sufrir mucho; pero sería en vano que yo me declarase en guerra abierta con mi destino,—murmuró el general en voz baja.—Además, ¿qué me importa á mí esa mujer? En otro tiempo acataba sus órdenes, porque temia que se descubriera mi secreto. Hoy es muy distinto: mi situacion ha cambiado, y la voz de la naturaleza se levanta en el fondo de mi pecho, indicándome el camino que debo seguir. Tú y Clotilde sereis el consuelo de mi vejez, y una nueva era comenzará para nosotros.

Y como Daniel guardara silencio, el general añadió con triste y sentida entonación: —Conozco, hijo mio, que no puedo exigirte nada; sólo el tiempo podrá borrar de tu memoria tristes recuerdos; pero tu alma generosa, si no por mí, por Clotilde, llegará á interesarse en la ventura del hombre que tanto daño ha causado á tu madre.

—¡General!—contestó Daniel con acento solemne,—la pobre mártir que bajó á la tumba guardando el secreto, cuya revelación hubiera sido para usted la deshonra y la infamia, me aconseja el perdón; y yo, acostumbrado á respetarla y á venerarla, sabré obedecerla. Si la señora marquesa del Rádío no me profesara un ódio tan implacable como injusto, aún podríamos abrigar la esperanza de una reconciliación en la familia; pero ella huye de nosotros: Clotilde la ha ofrecido el ramo de oliva, símbolo de la paz, y lo ha rechazado, porque la marquesa, juzgando á los demás por ella misma, no comprende hasta dónde puede llegar la abnegación y el desprendimiento del hijo de la pobre Angela. Pero no es este el momento oportuno para tratar una cuestión que puede afectar á usted; tiempo ha de quedarnos, cuando usted se halle restablecido, para arreglar nuestras cuestiones de familia.

—Sólo pido á Dios fuerzas para que llegue esa hora suprema de la reconciliación.

—Llegará, padre mio.

—¡Ah! pero tú siempre recordarás...

—Yo sólo espero y confío.

—¡Qué bueno eres!

—¡No, padre mio!... Diga usted más bien que Clotilde es un ángel.

Y como el general hizo un movimiento indicando que iba á tomar la palabra, Daniel le interrumpió diciéndole:

—Ni una palabra más, padre mio: es preciso obedecer las órdenes del médico.

Y despues de esto salió de la alcoba.

luchas de indios, que Julio de Monforte no man-
tenia consigo mismo una de esas luchas propias de la
juventud y de las almas generosas.

Olotilde había sido para el hermano de Blanca el
ángel de salvación; le debía el bienestar y tal vez la
vida de su madre, y el agradecimiento, el echar pro-
fundas raíces en su corazón, había acabado por con-
vertirse en la pasión más bella de la criatura: el
amor.

Pero este amor era triste, melancólico, porque

protaba en su aliento el último germen que
lo embolsone todo y que se llama esperanza.

Desde el primer momento en que comprendió que
amaba a Olotilde, se propuso el inútil empeño de abo-
gar.

Aquella misma noche, Julio de Monforte, á quien
tocaba de guardia para asistir al general, tan pronto
como se quedó solo y persuadido de que nadie vendría á
interrumpirle hasta el próximo día, cerró la puerta del
gabinete, y después de dirigir una mirada hácia la al-
coba en donde dormía el enfermo, fué á sentarse junto
á una mesa.

El tiempo transcurrió, y Julio procuró
La ancha pantalla del quinqué recogía la luz, de-
jando en las más profundas tinieblas los ámbitos de la
habitación.

Julio permaneció algunos momentos con los codos
apoyados sobre la mesa y la frente undida en las pal-
mas de las manos.

Si al novelista le es permitido leer en el corazón de
los personajes que pone en juego para el desenvolvi-
miento de su fábula, diremos, sin temor de que se nos

tache de indiscretos, que Julio de Monforte no mantenía consigo mismo una de esas luchas propias de la juventud y de las almas generosas.

Clotilde había sido para el hermano de Blanca el ángel de salvación; le debía el bienestar y tal vez la vida de su madre, y el agradecimiento, al echar profundas raíces en su corazón, había acabado por convertirse en la pasión más bella de la criatura: el amor.

Pero este amor era triste, melancólico, porque brotaba en su alma sin llevar ese purísimo germen que lo embellece todo y que se llama esperanza.

Desde el primer momento en que comprendió que amaba á Clotilde, se propuso el inútil empeño de ahogar aquel amor naciente, porque lo conceptuaba tan absurdo como imposible.

¿Quién era él, pobre desheredado, para fijar sus ojos en la rica heredera de un título? Tanto atrevimiento le avergonzaba, y se hubiera cien veces dado la muerte antes que revelar á Clotilde el secreto de su alma.

El tiempo trascurrió, y Julio procuró con heroico empeño ocultar el estado de su espíritu.

Pero una mujer, como él desgraciada, y que como él sentía un alma capaz de todo lo bello, adivinó este amor; porque como Julio, amaba también sin esperanza. Esta mujer era Blanca, su hermana.

—Mútuamente se confiaron su secreto; y sin temor ni recelo abrieron sus nobles y puros corazones, siendo muy pronto el uno depositario del otro.

Una circunstancia imprevista vino á hacer más su-

blime, más grande, más santo, el amor que inflamaba el pecho de los dos hermanos.

Julio amaba á Clotilde, Blanca amaba á Daniel; y por una combinacion fatal y muy comun en la vida, Clotilde confió un dia á Blanca que amaba y era amada de Daniel, y Daniel depositó en el corazon de su íntimo amigo Julio el profundo amor que sentia por la hija del general y la inmensa felicidad en que rebotaba su alma viendo que aquel amor era correspondido.

Desde este momento, los dos hermanos, en la soledad silenciosa de la noche, dulcemente abrazados, lloraron la muerte de su amor, ó por mejor decir, la muerte de la esperanza, perfumada flor de la juventud, que mientras ella no nos abandona, poetiza hasta las tétricas tintas de la miseria.

Julio y Blanca tenian la fortuna de poseer dos corazones dispuestos siempre á abrigar los pensamientos más generosos, porque latian al dulce y noble calor de la gratitud, y desde aquel momento se convirtieron en protectores de un amor que causaba su desgracia, que mataba su felicidad.

Ni un solo pensamiento mezquino cruzó por aquellas imaginaciones privilegiadas; olvidaron su felicidad por ocuparse de la de Clotilde y Daniel, y esta sublime epopeya de la abnegacion y el agradecimiento era más grande, porque carecia de espectadores que pudieran aplaudirla.

Así trascurrió el tiempo, siendo Blanca y Julio los leales protectores del amor que unia las almas de Daniel y Clotilde.

De repente, un acontecimiento inesperado les sobrecogió, dando cabida en sus almas á la esperanza. Clotilde y Daniel eran hermanos, y Julio entonces, comprendiendo que su amor era imposible, sólo se ocupó en salvarle del gran peligro que corría.

Abandonó á España, y llegó á Suiza afortunadamente á tiempo para evitar una gran desgracia.

Nuestros lectores saben todo lo que ocurrió, y ahora, aunque se nos tache de indiscretos, vamos á colocarnos detrás de la silla de Julio, para ir leyendo la carta que le escribe á su hermana Blanca, aprovechando el silencio y la soledad de la noche.

«Querida Blanca: Quisiera poseer ese don divino que Dios ha concedido á algunos poetas, para describirte las impresiones que experimento desde que mis plantas se posan en estas encantadoras orillas del lago Lemán.

»Muchas veces, sobre todo en los momentos de soledad, cuando el ruido de los hombres no turba mis oídos, cuando me entrego con toda mi alma á esa vida del pensamiento, cuando sueño despierto, mi único deseo se reduce á tenerte á mi lado para comunicarte todas mis impresiones.

»Porque yo, querida Blanca, puedo conceptuarme solo, aunque me hallo en medio de una familia, triste y abatida por los acontecimientos terribles que la abruman.

»Afortunadamente llegamos á tiempo para salvar á Clotilde y Daniel de una gran desgracia; hoy saben que son hermanos, y lloran juntos las culpas de su padre.

»Si yo fuera egoísta, si no sintiera en el fondo de mi alma, viva y poderosa siempre, la gratitud, debería estar contento por todo lo que ha sucedido, porque una esperanza, aunque remota y tal vez irrealizable, nace en mi corazón, viendo el parentesco que une á nuestros buenos amigos.

»Sin embargo, ellos están tristes, y buscan la soledad como si estuvieran pesados del cambio de afecto que han experimentado sus almas.

»Algunas veces suelo encontrar á Clotilde sentada ó paseándose sola por el hermoso jardín de esta quinta; triste, llorosa, preocupada, ni siquiera se apercibe de que me hallo cerca de ella, contemplándola con amoroso interés.

»En estos casos, prefiero alejarme sin hacer ruido para no interrumpir sus meditaciones.

»Yo creo que tu presencia en este caso sería un gran consuelo para Clotilde; pero eso es imposible, porque nuestra madre te necesita.

»Por otra parte, nuestra permanencia aquí creo que no será larga, pues tan pronto como el general se restablezca partiremos para España, y Dios sólo sabe con cuánto placer os estrecharé contra mi corazón.

»Ignoro aún la resolución que tomará Daniel; pero supongo que es bastante generoso para sacrificarse por su hermana.

»El general ha sido muy culpable, pero verdaderamente es digno de compasión. El pobre sufre mucho, porque siente su pecho destrozado por los remordimientos.

»Hasta el buen doctor Samuel, que tanto le odia, comienza á compadecerle; á todos inspira interés, menos á su esposa la marquesa del Rádio, cuya presencia en esta casa pudo ser fatal para el enfermo.

»Afortunadamente, hoy se ha marchado sin despedirse de nadie. Tiene un carácter de hierro, y no quiere por ningún concepto reconciliarse con el hombre que la ha engañado.

»Clotilde, cuando supo la resolución de su madre de regresar á España sin ver al general ni esperar que se hallara restablecido, le rogó mucho para que se quedara; pero todo fué en vano, y la marquesa partió esta mañana, dejando á su hija sumida en el mayor desconsuelo.

»Es en vano que yo forme deducciones sobre el resultado de la lucha doméstica que está manteniendo esta familia. Mucho temo que no lleguen nunca á una avenencia, y ese temor me entristece y desconsuela. Les debemos tanto, que deseo sean felices.

»Después de contarte todo lo que aquí sucede, se me ocurre escribirte hasta mis poéticos sueños; pero tú que amas, y que amas como yo sin esperanza, comprenderás todo lo que siente bajo el hermoso cielo de Suiza, tu hermano que desea abrazarte.

JULIO.»

Terminada la carta, Julio la leyó de nuevo con detención, y sin duda quedó satisfecho de su contenido, pues doblándola la puso en un sobre, guardándola en el bolsillo del pecho de la levita.

Luego se levantó, fué de puntillas hasta la alcoba del general, y como este continuaba dormido, se dirigió hácia la ventana que daba al jardín.

La luna brillaba con todo su esplendor, iluminando con su dulce y grata luz el inmenso panorama de aquellas riberas.

Julio se apoyó en la terrapisa de la ventana, dejó caer la frente sobre la palma de las manos, y se quedó inmóvil.

De vez en cuando se entreabrian sus labios para dar paso á un suspiro, y levantando la frente extendia una mirada por el hermoso lago Lemán, soñando despierto en una felicidad que él veia lejana, por no decir irrealizable.

CAPITULO II

El crepúsculo oriental

Indudablemente voy llegando á viejo con demasiada rapidez. El invierno me parece horrible, exceptuando en esos pocos dias en que se extiende por un cielo sin nubes un sol que irradia sobre la tierra, recordándonos la primavera.

Mi eterno pensamiento, mi sueño constante, son las golondrinas. La primera que veo revolotear sobre los árboles de mi retiro, proyectando mil caprichosos giros en el aire, me llena el corazon de alegría, y la saludo como á una mensajera del buen tiempo, como á la infalible avanzada de las flores, del ambiente templado, de las noches apacibles, de la vida de los campos y de las codornices.

Hace algunos años que soy el incansable defensor del verano, aborrezco el invierno aun en los dias del Carnaval, y despues de todo, no dejo de tener razon,

digan lo que quieran los partidarios de los hielos y las nieves, porque el calor es la vida y el frío es la muerte.

No he visto ningún cadáver que esté ni siquiera tibio á los pocos minutos de haber dejado de existir.

Cuando cuestiono en el seno de mi familia sobre el invierno y el verano, mi hija suele decirme: «¿Te gusta el verano, porque te vuelves viejo?»

Indudablemente tiene razón; yo me doy por vencido, pero espero que trascurren algunos meses. Llega la semana *codornicera*, como dicen los cazadores, es decir, á últimos de Abril; nuestro modesto jardín se llena de flores, las paredes se cubren de madre-selva, jazmines y pasionarias, y mi hija bate las palmas bendiciendo á la primavera, y colocándome todas las mañanas dos ramos hechos por su mano sobre mi mesa escritorio, aspira con delicia el perfume que exhalan, mientras yo le recuerdo el árido invierno cubierto con un sudario de hielo como la muerte.

¡Oh! ¡bendita seas una y mil veces, hermosa primavera!... ¡Tu cielo sin nubes, tus noches serenas, tu ambiente perfumado, llena de alegría mi corazón!...

Bajo la sombra protectora de tus árboles, mi alma se dilata y la sonrisa de la felicidad se estremece en el fondo de mi alma.

Yo envidio esas aves emigradoras, reinas del espacio, señoras del Universo, que vagan errantes buscando siempre el clima que se halla más en armonía con su naturaleza y con sus deseos.

Pero soy hombre, y doblo la frente ante mi peque-

ñez y las necesidades que me creó la educación que recibí de mis mayores.

¿Qué felicidad podría compararse á la de la inocente tórtola, si el hombre cruel no fuera á molestarla y darla la muerte en su flotante tienda de hojas, donde arrulla al amor, á la felicidad y á la ternura maternal?

Ella busca siempre el mediodía, huye del frío, y vive tan feliz en España como en Asia y Africa.

El calor es la vida, las ramas del árbol son su hogar y la flor del lentisco su alimento, unido á una gota de agua para refrescar su garganta.

¡Ah! ¡el hombre, comparado con la golondrina, es bien poca cosa; con el rabí ahorcado, es un pigmeo!

Y sin embargo, llamándose rey de la creación, vive devorado por su orgullo, por su soberbia, por su avaricia, por su impotencia, y nunca llega á disfrutar lo que no falta á ninguna de las aves: la felicidad.

Pero basta de digresiones, para decir que la luz del alba, en una hermosa mañana de primavera, comenzaba á extenderse por el lago Lemán, cuando Clotilde, abandonando el palacio de Diodeti, se dirigia con ligereza hácia el desembarcadero.

Allí la esperaba Daniel, sentado en el banquillo de popa de una barca.

Al ver á su hermana, se puso en pié para ofrecerle la mano.

—¿Hace mucho que me esperas?—le preguntó Clotilde.

—No, acabo de llegar.

—Estoy á tus órdenes.

Daniel hizo una seña al barquero, y este, con ayuda de un niño de doce años extendió la vela, y la barca comenzó á alejarse suavemente de la orilla.

Daniel y Clotilde, durante algunos minutos, guardaron el más profundo silencio, sentados en el banco de popa y embebidos en la dulce contemplación de aquella alborada, que como una sonrisa del cielo comenzaba á iluminar el extenso y poético horizonte del lago.

Por fin, Daniel rompió el silencio, y dijo de este modo:

—Antes de abandonar el palacio, he pasado por la habitación del general á enterarme de su salud; Julio me ha dicho que nuestro padre ha disfrutado esta noche de un sueño dulce y reparador. Si el enfermo continúa mejorando, antes de mucho regresaremos á España.

Entonces Clotilde, apoderándose cariñosamente de la mano de Daniel, le miró con una ternura infinita, y le dijo:

—¿Y qué será de nosotros cuando regresemos á España?

—Dios sólo lo sabe, hermana mía; pero tranquiliza tu espíritu; me interesa demasiado tu felicidad para que dé abrigo en mi corazón á una idea egoísta.

—Mi felicidad, ¿no es por ventura la tuya?—repuso Clotilde, dejando asomar dos hermosas lágrimas á sus ojos.—¿Podría yo ser dichosa viéndote á tí desgraciado? No, hermano mío, no. Desde el momento que el ángel de nuestra guarda, con su infinita bondad, dispuso

que el secreto de tu nacimiento no lo fuera para mí, he resuelto que nuestra suerte vaya unida; somos hermanos, y yo debo interesarme tanto por tu ventura como por la mia.

Daniel, que indudablemente no queria continuar por aquel camino, dando un giro á la conversacion, repuso:

—Contempla, hermana mia, con qué majestad se remontan los rayos del sol sobre esas libres y poéticas montañas, que aprisionan este lago entre sus brazos como una madre cariñosa. ¡Dichosos mil veces los sencillos y modestos habitantes de estas riberas hospitalarias, que nacen y mueren sin traspasar nunca el horizonte que distinguen desde las puertas de sus cabañas! Para nosotros el lago Lemán tendrá siempre recuerdos tristes y melancólicos, porque junto á sus orillas sentimos crecer y dilatarse el inmenso amor de nuestros corazones, amor que bastó una palabra para que templase su fuego vivificante, convirtiéndole en el dulce cariño de la fraternidad.

Clotilde inclinó melancólicamente la frente sobre el pecho.

Daniel acababa de recordarle aquellas noches de encantadora inquietud, en que sola en la azotea del palacio de Diodeti, mientras dejaba vagar una triste mirada por el lago Lemán, entregaba dulcemente su imaginacion á la vida de los recuerdos.

El amor que profesaba á Daniel se habia visto precisado á cambiar repentinamente de sensaciones.

Una hermana puede dar por su hermano la vida,

puede dar la fortuna, y hasta la última gota de sangre de sus venas; pero el amor de una hermana carece de ese fuego sublime que inflamaba el corazón de Julieta, inmortalizando su nombre.

Daniel, embebido también en sus recuerdos, guardó silencio, y mientras tanto la ligera barca cortaba con su esbelta quilla las tranquilas aguas del lago, navegando sin rumbo cierto á merced de la apacible brisa.

De repente, Daniel levantó la cabeza y dijo:

—Veo, hermana mía, que olvidamos el motivo de nuestra excursión. Es preciso concluir la lectura del manuscrito de mi madre.

—Sí, es preciso,—murmuró en voz baja Clotilde.

Daniel había dejado una gran cartera de tafilete debajo del asiento que ocupaba, la sacó, y extrayendo de ella algunos cuadernos, volvió á decir:

—¿Recuerdas bien el punto en donde interrumpimos la lectura?

—¡Ah! ¡si lo recuerdo! No temas que olvide ni una sola de esas sentidas páginas que escribió aquella pobre mártir, á quien debiste el ser. Recuerdo que quedamos cuando la marquesa del Rádío y el general Lostan fueron á visitarla á su modesta casa de Horche, y tu madre, siempre buena, siempre generosa, ofreció salvar la honra del general, guardando el más profundo silencio. Recuerdo también que las últimas palabras que me leíste fueron cuando tu madre, al quedarse sola, se dirigió á la alcoba en donde tú dormías tranquilamente, sonriendo en tu sueño de ángel y sin sospechar el terrible drama de familia que te rodeaba.

—Sí, esas fueron sus últimas palabras. Voy, pues, hermana mia, á continuar la lectura de esas páginas, que tantos dolores levantan en mi corazón, que tantas lágrimas arrancan á nuestros ojos.

Y Daniel, abriendo el manuscrito, se puso á leer en voz baja lo que sigue.

CAPITULO III

Donde se reanuda la interrumpida lectura
del manuscrito

I

«El día me sorprendió en mi triste y profunda oración, y cuando tú abriste los ojos, extendiendo hácia mí con la sonrisa en la boca tus cariñosos brazos, yo te estreché con toda la ternura de mi amante corazón contra mi pecho, llenando de besos y lágrimas tu rostro.

—¿Qué tienes, madre mía?—me preguntaste.—
¿Por qué lloras? ¿quién te ha hecho daño?

Pero yo no podía contestar á esta pregunta que oprimia mi alma, y redoblé el llanto y los sollozos.

La infancia tiene una curiosidad abrumadora, y como yo para satisfacer la tuya no empleaba ni siquiera una palabra, tú, cogiéndome el rostro con tus pe-

queñas manos, te empeñaste en saber la causa de mi tristeza.

¡Dichosa edad, en que las penas no se envejecen en el corazon, en que las lágrimas no se eternizan en los ojos!

Hoy, al recordar aquella triste noche, aunque han transcurrido quince años, se me oprime el pecho y las lágrimas inundan mis ojos.»

II

«Trascurrió el tiempo sin que ocurriera otra novedad en mi modesta vivienda, que el tranquilo, pero profundo dolor que me rodeaba.

De vez en cuando recibia alguna carta del general ó de la marquesa, dándome gracias por mi sublime abnegacion.

Pero esta abnegacion debia tener un término. Por entonces vino á establecerse á nuestro pueblo un verdadero hombre de bien, un sábio: el doctor Samuel.

Yo no bendeciré nunca bastante á Dios por la inmensa felicidad que me proporcionó, haciéndome conocer á un hombre á quien desde los primeros días respeté y amé como á un padre, siendo amada de él como una hija.

Tú no sabes, Daniel mio, los beneficios que tu madre ha recibido del doctor Samuel; tú no sabes de lo que es capaz su generoso y noble corazon, y seria in-

terrumpir el relato doloroso de mis desgracias si consignara en estas páginas, uno por uno, todos los favores que ha hecho á tu madre.

Por otra parte, yo conozco al doctor, y sé que ofenderia su modestia dedicando en estas páginas elogios á la belleza de su alma.

Tú le conoces tambien; á él le debes la educacion que has recibido, y más de una vez, mientras tu padre me tenia en el mayor abandono, debimos á su generosidad el pan que llevábamos á nuestra boca.»

III

«Una mañana, con gran asombro mio, oí detenerse una silla de posta junto á mi puerta.

Un hombre bajó de ella, entró en mi casa, preguntó por mí, y me entregó precipitadamente una carta.

Aquel hombre me dijo que esperaba contestacion. Rompí el sobre de la carta, y me puse á leer. Era de la marquesa del Rádio. Decía así:

«Angela: Acaba de suceder una gran desgracia. El conde de la Fe está gravemente herido. Ha tenido un lance de esos que los hombres llaman de honor, con el general Lostan. El conde vive solo, sin familia, rodeado solamente de sus criados, y yo temo que por efecto de la calentura ó de la desesperacion, revele el fatal secreto que á todos nos ha hecho tan desgraciados. Es preciso, pues, que abandone usted su modesto retiro,

su tranquilo hogar; que venga usted á Madrid, é instalándose como enfermera junto al lecho del conde, evite que este cometa una imprudencia, que puede destruir la honra del general.

»Angela, usted es buena, usted es una santa: salve usted al padre de su hijo, y cuente con el eterno reconocimiento de

LA MARQUESA DEL RÁDIO.

»*Postdata.* Puede usted venirse en el mismo carruaje que le envío. El portador de esta carta es un hombre de mi mayor confianza. Yo espero á usted en mi finca de Hortaleza, en donde vivo hace tiempo separada de mi esposo.»

IV

«La lectura de esta carta me afectó notablemente. Vacilé algunos segundos; pero por fin me resolví á salvar, si me era posible, al hombre que tanto había amado, que tanto amaba á pesar mío. El conde de la Fe, en otro tiempo me había dado el dulce nombre de hermana; nada, pues, tenía de particular que yo, para hacerme acreedora de ese nombre, viéndole en peligro y sin familia, corriera á su lado para prodigarle todos esos tiernos cuidados que son propios de la mano de una mujer. Resolví el viaje: te dejé al cuidado de una anciana criada, de la buena Mónica, y partí inmediatamente.»

ONIA J. J. J. J. J.

LAS FÁBULAS DE ESOPHO

Y DE OTROS AUTORES ANTIGUOS Y MODERNOS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS

DE DON JUAN DE LOS RIOS Y DE DON JUAN DE LOS RIOS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS DE DON JUAN DE LOS RIOS Y DE DON JUAN DE LOS RIOS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS DE DON JUAN DE LOS RIOS Y DE DON JUAN DE LOS RIOS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS DE DON JUAN DE LOS RIOS Y DE DON JUAN DE LOS RIOS

EL AMOR DE LOS PADRES

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS

INTRODUCCION DE PADRE

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS DE DON JUAN DE LOS RIOS Y DE DON JUAN DE LOS RIOS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS

LA GALLINAZA

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS DE DON JUAN DE LOS RIOS Y DE DON JUAN DE LOS RIOS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS DE DON JUAN DE LOS RIOS Y DE DON JUAN DE LOS RIOS

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPPO

Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMAN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS
DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinión que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

Por

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.